

mediador armado, para anunciar en apoyo de la mediación armamentos de monta, y para establecer que, permaneciendo vigente como principio de alianza el tratado, ya en cuanto á los medios de acción no era aplicable á las circunstancias. Refiriéndose á la declaración ésta, contestó Mr. de Metternich que la corte de Viena no podía asentir á que el cuerpo auxiliar operara, porque ante todo, figurando esta corte como mediadora por instigación misma de Francia, ya no tenía manera hábil de ser hostil respecto de una de las potencias beligerantes, y porque además, no siendo el cuerpo auxiliar más que uno de los medios estipulados por el tratado de alianza, y reconociéndose insuficientes estos medios para las circunstancias actuales, se debía aplazar su uso.

Hábil era la respuesta y sobre todo fatal para nosotros, pues nos condenaba á oír de nuevo que, aun permaneciendo virtualmente en vigor el tratado de alianza, ya no podía ser practicable, lo cual le quitaba toda eficacia. No obstante, á tal de que al menos mantuviese neutral al Austria, lo mejor era contentarnos, y no romper lo que aún quedaba nosotros mismos, suministrando de continuo la ocasión de repetir que ya no era aplicable á las circunstancias. Seguramente Mr. de Narbonne había ido demasiado lejos por el camino adonde se le había dirigido y empujándole constantemente á que anduviera más de prisa.

Mr. de Metternich, que no deseaba una ruptura con Francia, conoció que en los temores de Mr. de Narbonne había algún fundamento, siendo posible un rompimiento entre el príncipe Poniatowski y el general conde de Frimont, si se persistía en desarmar al cuerpo polaco. Por fortuna el remedio era fácil y no dejó de aplicarlo. Ya había concedido que al batallón francés incluído en el ejército polaco no se le desarmara á su entrada en el territorio de Austria. Asimismo se avino á que el ejército polaco, libre siempre de no retirarse detrás de la frontera austriaca, si prefería pelear solo contra los rusos, en el caso de querer cruzar la Bohemia para dirigirse á Sajonia, tendría la facultad de conservar sus armas durante la travesía. Finalmente prometió que en cada parada hallaría el alojamiento y los víveres necesarios. «Al emperador Francisco, dijo monsieur de Metternich, le ha bastado saber que, á impulsos de una susceptibilidad justificada por su gloria, no aprueba Napoleón respecto del cuerpo polaco la ejecución de una formalidad, que está plenamente dentro del derecho de gentes, para renunciar á ella de voluntad propia. Sin embargo, añadió Mr. de Metternich, el emperador Francisco pide con instancia que la permanencia de un cuerpo armado sobre el territorio neutral sea lo más corta posible.»

No consistía sólo el inconveniente de estas disputas en facilitar al Austria las declaraciones de que tan funesto uso debía hacer más tarde para nosotros, sino en impulsarla á desesperar de nuestra razón, al vernos tan imperiosos, tan poco propicios á un ajuste, y en madurar así más pronto la fatal resolución que todo le convidaba á tomar en rededor suyo. Efectivamente, después de cada escena de esta clase, echábase de ver que Mr. de Metternich se encontraba más embarazado y más constreñido respecto de nosotros, esto es, más comprometido con nuestros adversarios. De día en día se les oía en Viena jactarse más sin rebozo de haberle

conquistado, de tal manera que el eco de tales especies llegaba á Mr. de Narbonne por todos los ecos de la corte y de los salones.

Entretanto el ruido de los últimos sucesos militares llegó por fortuna á interrumpir estas tristes disputas. De repente se supo que había tenido lugar una gran batalla, corriendo torrentes de sangre, y que estábamos batidos, á dar crédito á los noticieros, enemigos nuestros la mayor parte. Por dondequiera se afirmaba nuestra derrota con inaudito aplomo. Para divulgar estas noticias se apoyaban en cartas del mismo emperador Alejandro, no á la verdad del rey de Prusia, harto prudente para escribir semejantes cosas, pero sí también en muchas cartas de los generales prusianos. Tan contento estaba el emperador Alejandro de sí propio, tan convencidos se hallaban los generales prusianos de haberse batido á maravilla, que casi no se sentían batidos, aun estándolo hasta el extremo de no poderse mantener en parte alguna. Lord Cathcart, embajador de Inglaterra, militar experimentado y testigo de la batalla, halló tan ridículas tales mentiras que dijo que, si no se alcanzaban más que victorias de esta clase, muy pronto habría necesidad de entrar en tratos á toda costa. Monsieur de Metternich tenía sobrado talento para dar fe á semejantes fanfarronadas. Sin embargo, tan positivas eran las aserciones que se mostraba sorprendido, no creyendo que se pudiera mentir hasta este punto, y expresó á Mr. de Narbonne su asombro. En posiciones de tal especie se revelaba el gran señor, militar, agudo, activo en Mr. de Narbonne con todas sus ventajas. «Estamos vencidos, dijo á todo el mundo, corriente... Ya veremos al cabo de algunos días en que camino se hallan los vencidos y los vencedores.» Con efecto, cuatro días más tarde se supo que los supuestos vencidos estaban á las puertas de Dresde, y los supuestos vencedores más allá del Elba. De resultas la confusión subió de punto. En los salones de Viena se desencadenaron las lenguas contra la incapacidad militar de los dos soberanos aliados; pero en lugar de inclinarse más hacia nosotros, persistióse más en la necesidad de que Austria corriera en su ayuda y se juntara á ellos para liberar de un yugo intolerable á la Europa.

Acto continuo trasladóse Mr. de Metternich á casa de Mr. de Narbonne, y con un aplomo que no carecía de sinceridad, le dijo que las victorias de Napoleón no le asombraban, pues todos sus cálculos pacíficos los había fundado sobre estas victorias; que, para hacer la paz aceptable, cuando menos había que echar por tierra las dos terceras partes de las proposiciones rusas, inglesas y prusianas; que la victoria de Lutzen serviría para esto; que con ella había contado, y que le engañaran sus esperanzas si aconteciera de otro modo; aserto verdadero por muy singular que parezca; pero que aún quedaba otra tercera parte de estas proposiciones, cuya razón, cuya justicia y cuya prudencia no podían ser desconocidas, habiendo necesidad de aceptarlas; que para la corte de Viena era llegado el instante de entrar en posesión de su papel de mediadora, admitido á instigación de Francia y con asentimiento de las otras potencias beligerantes; que, según el sesgo que tomaban los negocios, muy en breve sería ya tarde para desempeñar este papel de una manera provechosa; que de consiguiente iba á despachar al punto dos plenipoten-

ciarios, uno al cuartel general francés y otro al ruso; que para ser escuchados convenía elegir portadores de palabras agradables á aquellos á quienes había que dirigirse; que habiendo gustado á Napoleón el general conde de Bubna (ya hemos dicho que era militar y hombre de talento), se enviaba á su lado; que Mr. de Stadión, ya antes célebre en el partido antifrancés, tenía más probabilidades que nadie de ser bien recibido en el cuartel general ruso, adonde se le enviaría; que lejos de ser un enemigo peligroso para Francia, le sería de más utilidad que un amigo, pues tanto mayor atrevimiento emplearía en decir á los prusianos y á los rusos las verdades que importaba hacer llegar á su noticia; que de acuerdo ahora con el emperador y Mr. de Metternich sobre las condiciones de la mediación y de la paz, y apoyándose en las victorias de Napoleón, figuraba como el único idóneo para lograr que estas condiciones fueran admitidas por las potencias beligerantes. Mr. de Metternich tenía razón en todas estas cosas, y era doblemente hábil, pues además de que en Mr. de Stadión elegía un negociador que, precisamente por sernos hostil, alcanzaría más crédito entre los coligados, ocupaba y comprometía á un rival, á un antagonista, al jefe del partido antifrancés en suma, del partido que anhelaba lo más pronto posible la guerra contra nosotros. Tanto para el gabinete de Viena como para los franceses no había conducta mejor que la de privar de tal jefe á tal partido.

De consiguiente anuncióse que iban á ser despachados MM. de Bubna y de Stadión para proponer un armisticio y provocar una explicación primera sobre las condiciones de la paz futura. Sin pretender imponérselas á Napoleón de ningún modo, declaróse que se usaría la libertad de indicarle aquellas que se consideraran admisibles por todas las partes beligerantes, y no queriendo que para Mr. de Narbonne fuesen un misterio, Mr. de Metternich, que se las había insinuado ya claramente en más de una coyuntura, se las anunció á la sazón una tras otra y con la puntualidad más extrema. Según hemos asentado muy á menudo, estas condiciones eran la supresión del gran ducado de Varsovia y su retrocesión á la Prusia, salvo algunas porciones que tocaban de derecho á Rusia y al Austria; la reconstitución de Prusia por medio del gran ducado y de territorios que se designarían en Alemania; el abandono de la Confederación del Rin, y por último la renuncia á los departamentos anseáticos, esto es, á las ciudades de Brema, de Lubeck y de Hamburgo. Nada se debía decir de Italia, de Holanda ni de España para no suscitar dificultades insolubles, y se aplazaría la paz marítima en caso necesario, si no había medio de entenderse con Inglaterra, á fin de celebrar en seguida la paz continental que era la más urgente. Tales eran, aparte de la restitución de las provincias ilíricas que casi habíamos prometido al Austria, estas condiciones que nos dejaban la Westfalia, la Lombardia y Nápoles como reinos tributarios, la Holanda, la Bélgica, las provincias rinianas, el Piamonte, la Toscana y los Estados romanos como departamentos franceses. Tal era la Francia que se nos ofrecía y cuya oferta considerábamos como un ultraje. Seguro era que habría que hacer el sacrificio de España para celebrar la paz con Inglaterra, pero que este sacrificio sería bastante. Al decir de Mr. de Met-

ternich, había tenido más de una ocasión de cerciorarse de ello. Por nuestras relaciones anteriores se ha visto que, á lo menos bajo este aspecto, no se opondría por Napoleón ninguna dificultad insuperable.

Mr. de Narbonne repitió muchas veces que Napoleón victorioso no aceptaría estas condiciones; pero Mr. de Metternich repitió á su turno que Napoleón era más razonable de lo que se le suponía; que á mayor abundamiento estas condiciones eran inevitables, y que aún sería menester luchar fuertemente para conseguir que las aceptasen las potencias coligadas.

Aún quedaba el rey de Sajonia, á quien se veía reducido á optar entre su destitución ó su vuelta á Dresde, y para Austria no había más que dos partidos que abrazar sobre este asunto. Algunos insensatos, sin pararse en los medios, al menos de palabra, decían en Viena que era menester apoderarse de la persona de este monarca é impedirle así que volviera á caer bajo el yugo de Napoleón al tornar á Dresde. No había que pensar en semejante cosa, y ni un momento se pensó en retener á Federico Augusto. Además no se tuviera tiempo de ponerlo por obra, pues vióse obligado á responder acto continuo á nuestras intimaciones y á consentir en la invitación que Napoleón le había dirigido, si bien con las lágrimas en los ojos. Efectivamente aprestóse á partir de Praga con sus tropas y con su corte, solicitando con premura el secreto, y prometiéndolo por su parte, acerca de las negociaciones habidas entre las cortes de Dresde y de Viena. No era el secreto ni muy profundo ni muy negro. Se reducía á la adhesión á la política mediadora, que pudo muy bien no considerarse traición el pobre rey de Sajonia, al verla seguida y preconizada por el suegro de Napoleón sin que produjese ruptura entre ellos. Su llegada á Dresde hizo anunciar para dentro de dos días, tiempo rigurosamente necesario á una corte poquísimo expeditiva de suyo, para hacer los preparativos de viaje. Con efecto, se componía de muchos príncipes y princesas, algunos ya muy entrados en años, y todos tan gentes de bien y tan pacatos como el monarca.

Cuando Napoleón supo sucesivamente lo que acaba de ser referido, se puso en aptitud de recibir convenientemente á su aliado, fiel de nuevo, si bien antes dió sus instrucciones á su representante en Viena. Al cabo comprendió la falta que había cometido empujando al Austria á entrar muy de antemano en los sucesos, y provocándola á constituirse mediadora armada, esto es, árbitra, cuando no se quería sufrir su arbitraje. También echó de ver el error en que había incurrido al creer que podría comprometer á esta potencia en sus proyectos á beneficio de la oferta de los despojos de Prusia, y no viendo que Austria ansiaba ante todo reconstituir la Alemania para ser independiente, y que no hallaba ensanche de territorio equivalente á la independencia. Pero, según suelen hacer los príncipes que presumen no equivocarse nunca, atribuyó toda la culpa á su representante, esto es, á Mr. de Narbonne, quien con el encargo que había recibido, y con las instrucciones que había llevado, no podía obrar de otro modo. No obstante, como Napoleón estimaba á este personaje tan distinguido, desaprobólo, sin ninguna severidad de lenguaje, que hubiera llevado las cosas tan lejos y entregado una nota á pesar de las prescripciones del ga-

binete, que prohibían ejecutarlo sin orden expresa, é inducido á Mr. de Metternich á declarar por dos veces que el tratado de alianza ya no era aplicable á las circunstancias. Se dolía, según su dicho, de que se hubiera colocado al emperador su suegro en una posición cuya falsedad conocería muy luego este monarca, pues los franceses aún no estaban más que en su primera victoria é iban á alcanzar otras dentro de pocos días. Sea como quiera, obligada á retroceder muy luego el Austria, lo haría para confusión de sus falsos pasos; pero por de pronto convenía que Mr. de Narbonne se mostrase tranquilo, reservado sin frialdad, y que ya no preguntara ni respondiera nada á la corte de Viena á fin de que reconociera que ya no se la tenía por aliada, aceptándola por mediadora, aunque no por mediadora armada.

A pesar de este lenguaje moderado en apariencia, Napoleón en el fondo del corazón estaba exasperado contra el Austria y contra su suegro. No obstante su sagacidad prodigiosa, la inclinación á lisonjearse, inclinación á que ceden todos los hombres por mucha que sea su perspicacia, cuando se han colocado en posición donde necesitan engañarse á sí propios, le había inducido á creer que de Austria lo alcanzaría todo con tal de que lo pagase á buen precio, y le irritaba hasta lo sumo el convencimiento de que sus cálculos le salían completamente fallidos. Por odiosas tenía las condiciones enviadas, y que no le debían coger de nuevas. En su mente había renunciado al gran ducado de Varsovia, y sobre todo después de tocar las dificultades de esta creación de cerca; pero encontrarse al día siguiente de aquella guerra de 1812, emprendida para humillar á la Rusia, para reconstituir la Polonia, para hacer pesar más que nunca su yugo sobre Europa, con la Rusia engrandecida, con la Polonia no rehecha, sino irrevocablemente destruída, y aguantar la defección de Prusia y hasta galardonarla por ella, renunciar al protectorado de la Confederación del Rin, abandonar las ciudades anseáticas, origen principal de la incomodidad con Rusia, constituía una multiplicidad de deberes, ninguno de los cuales debilitaba su verdadero poderío, si bien todos eran un cruel contratiempo para su orgullo. Ninguno de estos sacrificios debía doler desde el punto de vista de los verdaderos intereses de Francia. No pasaba de un ensayo quimérico el gran ducado de Varsovia, ínterin Prusia y Austria no pensasen en reconstituir la Polonia, pues al cabo Polonia debía cubrirlas, y no queriendo ellas se resentía de pueril la obstinación de hacerles un beneficio á pesar suyo. Tocante á Prusia ningún interés teníamos en debilitarla tanto ni con relación á Rusia ni con relación al Austria. Respecto del protectorado del Rin, era un título vano, odioso á los alemanes, únicamente capaz de atraernos su odio, sin darnos influencia alguna positiva sobre ellos. Finalmente, lo de obstinarse en conservar las ciudades anseáticas equivalía á extender nuestra frontera militar y mercantil más allá de toda razón. Con efecto, apenas podíamos defender el Zuyderzée y el Texel, pues al otro lado del Wahal ya no existía frontera sólida para nosotros; y aun se había necesitado de todo el espíritu ingenioso de Napoleón para hacer entrar á Holanda en un buen sistema de defensa, y no lo había logrado más que muy imperfectamente. Sin em-

bargo, tan grandes ventajas marítimas ofrecía la posesión de Holanda, que por lo magnífica podía ser codiciada por una ambición á lo Carlo-Magno. Pero las ciudades anseáticas no imponían un gravamen sin compensación alguna, pues su defensa era imposible á no extender la Francia hasta el Elba, y comercialmente eran indispensables para la alimentación de Alemania é inútiles para la nuestra. Relativamente al bloqueo continental, su importancia caía con este bloqueo y con la paz. Hasta si blasonáramos de prudentes, al punto debiéramos renunciar al reino de Westfalia, indemnizando al rey Jerónimo de cualquier manera; pero al cabo no se nos pedía, puesto que el emperador Alejandro se negó á contraer con el gran duque de Hesse el empeño de restituírle sus Estados, y así no había que parar mientes en tal cosa. Por tanto sólo el orgullo, el implacable orgullo, podía retraer á Napoleón de asentir á las condiciones imaginadas por el Austria. Según su dicho, Napoleón no quería aguantar que se le humillase. Ser humillado llamaba á no poder realizar todos los ensueños de su ambición inmensa, aun quedando ilesa su prepotencia efectiva. ¡Ah, el castigo del orgulloso que ha emprendido demasiado contra otros consiste cabalmente en que no puede ceder ni aun cuando lo considera justo y necesario! ¡Clavado se encuentra en sus locas pretensiones como Prometeo en su roca! Ejemplo terrible para los que, no dando oídos más que á sus deseos, juegan con los derechos y con la dignidad de los hombres.

Al adquirir la certidumbre de las intenciones del Austria, que no debieran coger á Napoleón de nuevas, puesto que ya hacía cuatro meses que frecuentes indicaciones se las revelaban á las claras, irritóse hondamente contra esta potencia. Aquí vió una doble traición de alianza y de parentesco, y se dijo lo que ya otras veces y muy á menudo, hasta el día en que un movimiento de enojo contra Rusia le determinó á un matrimonio austriaco, que nunca había que contar con la corte de Viena; que siempre había en ella un abismo de disimulo, de astucia, de egoísmo; que se debía procurar entenderse con todo el mundo menos con esta corte, y sacrificios por sacrificios, hacerlos, si era forzoso, á Rusia y aun á Inglaterra, más bien que al Austria y á Prusia. Una casualidad llevó esta irritación hasta el último grado. En Dresde se detuvo un correo procedente de Viena y portador de despachos de Mr. de Stackelberg, representante de Rusia cerca del Austria, desde que con motivo de la mediación se restablecieron las relaciones entre estas dos potencias; y en estos despachos de Mr. de Stackelberg á Mr. de Nesselrode se hallaron muy singulares pormenores, pudiéndose ver de resultas que, condenado Mr. de Metternich por la difícil posición suya á un extremado disimulo, prodigaba las atenciones á unos y á otros, y todavía más á los rusos y á los prusianos que á los franceses. Con efecto, para hacerse perdonar Mr. de Metternich de no llevar inmediatamente á nuestros enemigos todas las fuerzas del Austria y de no adoptar todas sus condiciones de paz, cuando se hallaba mano á mano con ellos, no vacilaba en darse por compelido en su conducta á causa del tratado de alianza de 14 de marzo de 1812, del matrimonio de María Luisa, del peligro de guerra con Francia, de estar por concluir los aprestos del Austria,

y mostraba preferencias de corazón á los coligados siempre que lo podía hacer seguro. Convencimiento debía existir de suceder esto, y más acaso, sin leer un solo despacho de la diplomacia extranjera, y no había por qué sorprenderse ni alterarse, debiéndose admitir como positivo cuanto de Mr. de Metternich se decía, pues verazmente hablaba al expresar que bajo ciertas condiciones se pondría de nuestro lado. Convenía comprender que Mr. de Metternich era alemán, que no podía ni debía amarnos, y que si nos contemplaba era por política, y tan sólo por no comprometer atolondradamente á su país con nosotros; convenía aprovecharse hasta de su cordura, para sacar todo el partido posible de ella, pero nada más que todo el partido posible.

A la verdad razonamos aquí del modo que razona la política, cuyo arte estriba en comprender todas las situaciones, en contemplarlas y en servirse de ellas, y Napoleón razonaba como razonan el orgullo, la victoria y el despotismo. Le irritaron estas súbitas revelaciones cual si no las debiera prever en su mente, que era toda luz en la calma de las pasiones, y nada más que llama y humo en el arrebato de estas pasiones funestas. Un pormenor exasperóle más que nada. Cuando en Viena se esperaban impacientemente noticias sobre la batalla prevista, mas no conocida, del 2 de mayo, en sus efusiones á favor de los rusos había escrito Mr. de Metternich á Mr. de Stackelberg que si recibía despachos, aun cuando fuera á deshora de la noche, le hiciera desparar para comunicárselos. Muy señaladas atenciones eran éstas respecto de Rusia, y sobre todo por parte de un ministro que se decía aliado perseverante de Francia. También se halló una carta del rey de Sajonia al general Thielmann, donde, suponiendo como verosímil la llegada de los franceses victoriosos junto al Elba, le recomendaba que, manteniendo cerrada la plaza de Torgau para los rusos, aún la mantuviera más cerrada para los franceses. Napoleón no quiso ver en tan previsoras instrucciones al bueno é imprevisor rey de Sajonia, sino al zorro de Viena, á quien pretendía reconocer por su astucia. Expuesto, exagerado y avalorado por la cólera todo esto, se mantuvo por una traición completa, no siendo más que la elaboración de una prudencia embarazada y deseosa de pasar por entre mil escollos. Aun convenía aprovecharse una vez más de los consejos que Mr. de Metternich nos daba, y del temor que no habíamos cesado de inspirarle, para salir de esta situación á costa de los menores sacrificios que fuera posible; y como sólo se tratara de sacrificar lo que tocaba á la vanidad, y nada de lo que pertenecía al poder efectivo, fuerza era someterse de buen ó mal grado, pero someterse de todos modos. ¡Algo convenía pagar en suma por el desastre de Moscu! ¡Harta fortuna era no pagarlo con la misma existencia! Perdónesenos la repetición de estas inútiles reflexiones, que nos inspira el espectáculo directo y continuo de las resoluciones fatales que perdieron no sólo á Napoleón, pues importaba poco la suerte de un hombre, sino la grandeza de nuestra patria.

Sea como quiera, Napoleón volvióse de pronto á la política propuesta durante el mes de enero anterior en el consejo celebrado en las Tullerías, muy apoyada por MM. de Caulaincourt, de Talleyrand y de Cambaceres, y consistente en prescindir del Austria, sin tro-

pezarla á pesar de todo, para aspirar á entenderse directamente con Rusia. Esta política prudente, según hemos dicho, en cuanto propendía á no mezclar demasiado al Austria en los sucesos actuales, en no atribuirle un papel de que pudiera abusar contra nosotros, tenía, sin embargo, un inconveniente práctico grave por extremo, la dificultad de abocarse con el emperador Alejandro. Semejante dificultad, ya grande en enero, debía haber subido de punto de resultas de los últimos sucesos militares, y de la esperanza con que los alemanes halagaban á Alejandro de hacerle libertador de Europa y el primero entre los monarcas reinantes. Verdad es que la batalla de Lutzen, y después de esta batalla una nueva victoria de que era lícito abrigar la esperanza, podían disipar los humos que embriagaban á Alejandro y facilitar lo de entenderse con su persona en derecho. Napoleón esperólo con la fuerza de esperanza peculiar de los espíritus poderosos, y que se transforma en fuerza de acción en ellos, y tomó todas sus disposiciones enderizadas á este designio.

Sin descanso resolvió proseguir esta campaña, descargar un golpe decisivo lo más pronto posible, aprovecharlo para celebrar la paz, bien que entendiéndose con Rusia y aun con Inglaterra mejor que con las potencias alemanas; conceder á Inglaterra el sacrificio del todo ó de parte de aquella España de que estaba disgustado, de que sobre todo no debía extrañar el mundo que lo estuviese, cuyo abandono parecería por su parte más bien un alivio de carga que un sacrificio, y no sería una declaración costosa por lo humillante, pues su falta en haberse querido apoderar de ella figuraba á la sazón como el secreto á voces.

Cediendo en totalidad ó en parte la Polonia á Rusia, en totalidad ó en parte la España á los Borbones, le parecía que todo sería acomodable, y que no sufriría el yugo de Prusia, que á su vez le había vendido ostensiblemente, ni del Austria, que le vendía á la callada, y que de este modo se emanciparía de aliados infieles á costa de sacrificios ya inevitables, y sobre los cuales ya el destino había pronunciado dos fallos propios á acallar su orgullo, Moscu respecto de Polonia, y el invencible rencor de los españoles respecto de España. Si la guerra no conducía próximamente á un resultado decisivo y una negociación, deseaba prolongar esta situación hasta que la segunda serie de sus armamentos se hallara concluída y tuviera doscientos mil hombres más en batalla, que, unidos á los primeros trescientos mil que se completaban de hora en hora, sumarían un total de quinientos mil combatientes y le permitiría no andar ya en disimulaciones con el Austria, y aun aceptarla entre el número de sus enemigos; y entonces, colocado junto al Elba como en otro tiempo junto al Adige, dentro de Dresde como en otro tiempo dentro de Verona, á la falda de las montañas de Bohemia como en otro tiempo á la falda de los Alpes, intentaría en proporciones mucho más vastas, no sólo contra una potencia, sino contra toda la Europa, una nueva campaña de Italia, en la que, transformado el general Bonaparte en el emperador Napoleón, continuando tan joven de carácter y siendo más grande en concepciones, y aleccionado por sin par experiencia, renovaríase en su edad madura los prodigios de su juventud, prodigios agrandados con todo lo que había añadido á su posición el tiempo, daría

hoy cima como otras veces á triunfos brillantes, y descansaría á la postre, dejando descansar al mundo. ¡Ah, que á este magnífico ensueño no le faltaba más que una cosa, que la humanidad fuese tan infatigable como Napoleón, y quisiera perecer toda entera por satisfacer la ambición de un conquistador, que al genio de un gémetra añadía la imaginación de un poeta épico!

Adoptadas estas resoluciones, hizo Napoleón lo que siempre, pasando á las disposiciones prácticas, pues por un contraste maravilloso se mostraba tan quimérico en sus concepciones como exacto y positivo al ponerlas en planta. Ante todo dirigió á Mr. de Narbonne una serie de despachos, contándose hasta tres en un día sobre el mismo asunto, en los cuales se descubría todo el cambio operado en su mente. Ya, según su dicho, nada había que pedir al Austria, no tratándola mal de palabra tampoco, y sobre todo no haciéndola intimaciones, y mostrándose respecto de ella reservado y tranquilo, sin engañarla á pesar de todo, pues la mentira á nada bueno conduce. Se necesitaba que echara de ver que ya no se contaba con ella, y que se había comprendido la máxima que de tan buen grado encajaba en todas ocasiones, de que el tratado de 14 de marzo de 1812 no era ya aplicable á las circunstancias. Después, cuando Austria supiera que tan rápidos y vastos armamentos se hacían en Italia, en Baviera, en Francia, no había necesidad de negarlos, y hasta convenía declarar su verdadero guarismo, si se ponía en duda, no atribuyéndoles otro origen que el de la gravedad de los sucesos. Napoleón escribió además á Mr. de Narbonne que Austria comprendería esta nueva actitud de seguro, y que sería de desear que la comprendiese; que de resultas calcularía que su intervención no era indispensable para que Francia se abocara con las otras potencias; que entre el emperador Alejandro y el emperador Napoleón existía un altercado político y de ningún modo un altercado personal, y que entre los dos soberanos jamás había dejado de haber una inclinación mutua, que á la primera demostración amistosa de Napoleón renacería por sí propia. *Una misión directa al cuartel general ruso*, añadía Napoleón, *dividiría al mundo en dos parcialidades*. Esta frase revelaba toda su idea, significando que, enviado allí Mr. de Caulaincourt, cuya antigua intimidad con el emperador Alejandro no se ocultaba á nadie, haría cambiar la faz de las cosas, colocando en un campo á Francia y á Rusia, y al resto del mundo en otro. Pero no era así por desgracia desde que tan profundamente se había herido el orgullo del emperador Alejandro; y en todo caso pecaba de muy imprudente el decirlo, pues bastaba indicar tal idea para hacer que Austria, sin perder un día ni una hora, se echase en los brazos de Rusia, y para que se redujesen á unos pocos días los dos meses de tiempo que se necesitaban para elevar á quinientos mil soldados los doscientos mil de que se disponía entonces. Afortunadamente Mr. de Narbonne tenía sobrado talento para cometer la falta de que Mr. de Metternich trasluciera la eventualidad ésta. Aquí podía hallar motivos de confianza, pero de ningún modo de jactancia tan peligrosa como sin fruto,

Después de expresar Napoleón su verdadera idea á Mr. de Narbonne por conducto de Mr. de Caulaincourt, que reemplazaba en Dresde á Mr. de Basano, retenido

en París todavía, hizo llamar al príncipe Eugenio. Aun cuando tuviera las faltas propias de su origen medio criollo, esto es, de algo de apatía y de descuido de los pormenores, y aun cuando á menudo hubiera merecido la censura de Napoleón por ellas, se había conquistado el virrey toda su estimación á causa de su rara bravura, del vivo sentimiento del honor y de la resignación ejemplar con que había sufrido una situación horrorosa durante la retirada. Napoleón manifestó su satisfacción, le anunció que constituía en favor de su hija un pingüe dote, el del ducado de Galliera, y que esta recompensa iba á ser publicada por el *Monitor* como premio de los servicios que había prestado en la campaña de 1812. Luego le dijo que se necesitaba que partiera para Milán sin tardanza alguna donde tornaría á ver á su familia, de la cual estaba separado ya hacía más de un año, y estaría en aptitud de desempeñar una misión tan importante. Napoleón le expuso lo que debía poner por obra (1). Ante todo tomaría el mando no sólo del reino de Lombardía, sino también del Piamonte y de la Toscana, bajo el aspecto militar por supuesto, y emplearía todo el invierno en organizar un excelente ejército de Italia. Sobre el terreno se hallaban los elementos necesarios, ora en cuadros, ora en alistados ya instruidos. En Italia acababan de entrar los cuadros del cuarto cuerpo, con el cual había hecho el príncipe Eugenio la campaña de Rusia, y podían suministrar veinticuatro batallones. Otros veinticuatro podía facilitar el ejército italiano. A ochenta quizá permitirían elevar el ejército del alta Italia los regimientos del Piamonte, que habían recuperado los batallones enviados á España, y vueltos varios, si bien más aguerridos que nunca. La artillería abundaba en esta comarca, y sin dificultad se podían tener para el mes de julio ciento cincuenta bocas de fuego con sus tiros correspondientes. Pronta estaría para el príncipe Eugenio la caballería, que para el general Bertrand no pudo estarlo. De consiguiente era fácil tener allí un ejército de ochenta mil hombres al cabo de dos ó tres meses, y mucho mejor organizado que el ejército con que se acababa de vencer á los coligados en Sajonia, habiendo tiempo y reposo para proveerle del material necesario. Finalmente, Napoleón destinaba lugartenientes de mérito superior al príncipe Eugenio, como el general Grenier, que recientemente había recibido una herida é iba á tornar á Italia para curarse, y el ilustre Miollis, sabio, hombre de talento, espartano y soldado heroico el mismo tiempo.

Aún quedaba Murat, príncipe sin ventura, que casi perdía la cabeza bajo la corona que Napoleón le había ceñido. Profundamente herido en su orgullo por las palabras insertas en el *Monitor* después de su partida del ejército; receloso de haber incurrido en la desgracia de Napoleón para siempre, de estar reservado con su reino de Nápoles de resultas á una compensación, á un ajuste de paz; prestando oídos á las insinuaciones que el Austria hacía á todos los que deseaban abandonar á Francia sin osarlo, con miedo á cada paso de hacer mucho ó demasiado poco, se hallaba en el estado del rey de Baviera, del rey de Sajonia, y en suma, de todos

(1) Aquí tampoco me fío de conjeturas. Refiero los hechos á tenor de documentos auténticos, de cartas de Napoleón al príncipe Eugenio, cartas en que todos estos hechos están recordados ó consignados, y motivados siempre á la larga. (N. del A.)

los aliados que, honrados de sobra para no venderlos, no lo eran tanto que no pensarán en ponerlo por obra, y con más razón de remordimientos que ellos, pues todo se lo debía á Napoleón, con cuya hermana se había casado, hermana de la cual también tenía desconfianza, aun no codiciando ella menos conservar este reino tan amado, este reino causa de sus faltas y desventuras.

Bajo situación semejante había momentos en que parecía delirante. Su salud se alteraba á vista de ojo, y este héroe tan admirable sobre el campo de batalla del Moskowa, convertido en débil monarca, atormentado por desvelos, perdía á la vez su hermosura, su serenidad y su arrojo. Poseído de lástima estaba su pueblo, al cual había sabido ser grato, y cuando le veía le colmaba de aplausos como para consolarle. A veces pensaba este pobre Murat en irse á echar á los pies de Napoleón y á ofrecerle tomar el mando de los restos de su caballería; á veces quería entregarse al Austria, y hasta envió á su corte un príncipe Cariati, cuya conducta produjo tal escándalo en Viena, que Mr. de Narbonne vióse obligado á escribir á Napoleón sobre este asunto.

Todo esto excitaba á Napoleón á la compasión, bien que á una compasión sin benevolencia, y estaba determinado á ponerle remate. No dudaba que una orden formal suya, apoyada con una amenaza positiva, amenaza más fácil de realizar respecto de Nápoles que respecto de Suecia, llevaría á Murat á sus plantas, y resolvió llamarle al ejército ante todo y exigir después sus tropas con objeto de unir las á las del príncipe Eugenio. Desde 1808 había empleado Murat el tiempo en crear un ejército napolitano, y era el único hombre capaz de conseguirlo, pues además de su fama, tenía para encantar á los napolitanos su hermosa y agradable figura. Cerca de diez mil hombres de este ejército habían sido ya desparramados en la inmensidad de las tropas enviadas á Rusia, y se habían salvado de tres á cuatro mil de ellos. Pero aún tenía Murat sobre las armas cerca de cuarenta mil hombres perfectamente organizados, y Napoleón ideó tomarle veinte mil para incorporarlos á Eugenio. «Cuando el Austria vea estos cien mil combatientes sobre el Adige, dijo al virrey, conocerá que tiene que contar con nosotros, y que nosotros no tenemos que contar con ella.» Dadas estas instrucciones al príncipe Eugenio y consignadas después en muchos despachos por escrito, le alargó la mano con un afecto nunca disminuido hacia su persona, aunque le inspirara desconfianza á veces, como todos aquellos á quienes más estimaba, y despidióle el mismo día.

Vistas son las disposiciones que había tomado para juntar un ejército en Maguncia con los cuadros procedentes de España. Permitiendo comprender lo que el consumo de hombres, incesante en la Península, dejaba en cuadros cada vez menos numerosos, contaba Napoleón reunir los de sesenta batallones en Maguncia y llenarlos con los alistados que llegaban de continuo de los pertenecientes á las antiguas clases. Allí esperaba también juntar los cuadros de sesenta escuadrones de caballería, llenándolos con los jinetes formados en los depósitos y montados gracias á los caballos sacados de Francia. Según se ha visto, la reorganización de los cuerpos del mariscal Davout y del duque de Bellune en Westfalia debía proporcionar ciento doce batallones,

esto es, noventa mil hombres de infantería cuando menos. Ya los veintiocho segundos batallones reorganizados en Erfurt se hallaban juntos á las órdenes del duque de Bellune, teniendo, además de los doce suyos, los diez y seis pertenecientes al mariscal Davout. Veintiocho acababan de llegar á las órdenes del general Vandamme á Brema. Otros les debían seguir pronto. Ya hemos dicho que, cuando estuvieran formados todos, se proponía juntar los cuatro batallones de cada regimiento, recomponer así los regimientos antiguos, dar diez y seis al mariscal Davout, doce al mariscal Víctor y crear un ejército de ciento veinte mil hombres, con una numerosa artillería sacada de Holanda y de los departamentos anseáticos, y con el resto de la caballería remontada por el general Bourcier.

Si, como era de esperar, se volvía á nosotros la Dinamarca, objeto á la sazón de las caricias de Inglaterra y de Rusia, que, mediante indemnización, procuraban arrancarle la Noruega, se podía contar con doce ó quince mil daneses, excelentes soldados, cosa que debía elevar lo menos á ciento treinta mil hombres el ejército del bajo Elba. Tres preparaba Napoleón de consiguiente, uno en Milán, otro en Maguncia y otro en Hamburgo, aparte del que ya tenía á la mano, y cuya organización avanzaba de hora en hora, y más desde que estaba en Dresde. Con unos cien mil hombres contaba en Italia, con setenta mil en Maguncia, con ciento treinta mil en Magdeburgo y Hamburgo, esto es, con seiscientos mil combatientes, incluyendo los que tenía en Sajonia, fuerza enorme, y preciso es reconocer que muy propia á alterar la rectitud de su juicio, inspirándole ilimitada confianza.

Al mariscal Davout dirigió las instrucciones más terminantes para las diversas organizaciones, parte de las cuales se debía ejecutar bajo la robusta y hábil mano de este caudillo. Se le anunció que pronto se le devolverían los batallones suyos prestados al duque de Bellune; se le previno que tornara lo más brevemente posible á Hamburgo, que para esto aprovechara el movimiento proyectado sobre la capital de Prusia, que en todas partes y especialmente en Hamburgo ejecutara una justicia rigurosa. Napoleón estaba exasperado contra las ciudades anseáticas que acababan de expulsar á los aduaneros, á los recaudadores de contribuciones, á los oficiales de policía franceses, y de asesinarlos en muchas partes; que habían recibido con júbilo á los cosacos, y que parecían blanco de los esfuerzos militares y diplomáticos de la coalición. Bajo su autoridad quería tornar á poseer estas ciudades por la fuerza y por el terror, y si había que restituirlas á la postre, restituírselas arruinadas á Alemania. Al mariscal Davout le ordenó que hiciera fusilar á los miembros del antiguo senado que habían tomado nuevamente posesión de sus puestos, á los principales agitadores de la redeldía, á algunos oficiales de la legión anseática alzados en nuestra contra; le ordenó que prendiera y privara de sus bienes á los quinientos principales negociantes reputados por enemigos de Francia; finalmente que, sin examen y dondequiera, apresara los géneros coloniales y las mercancías inglesas, que en abundancia habían penetrado por el Elba desde la insurrección de Hamburgo. Con esto decía que habría para pagar la guerra, causada en parte por los negociantes de estos países. No escondiéndose